

EL EMPERADOR CARLOS I Y ROSAS

por Narciso DIAZ ROMANACH
General de Brigada de Infantería D. E. M.

I. SINTESIS GEOPOLITICA AMBIENTAL ENTRE 1516 Y 1543



N 1516, empezaba en España el gobierno de la dinastía austriaca, al ser entronizado el nieto de los Reyes Católicos como rey de Castilla y Aragón, las dos monarquías en que estaba dividida la península, con especiales características cada una, no sin que varios sectores castellanos protestaran, por vivir aún su madre, Doña Juana, *Cortes de Valladolid* (1518), *Junta de los Comuneros* (1520). Predominaba, netamente, en esta unión la superioridad de Castilla.

La corona alemana era electiva, por ello al morir, en 1519, el abuelo paterno de Carlos I, Maximiliano, emperador de Alemania, se presentaron varios candidatos a ella. Uno de ellos Francisco I de Francia, quien a lo largo de su reinado jugaría el gran papel de oponente a Carlos I. La elección recayó en Federico el Sabio, de Sajonia, quien renunció a sus derechos en favor de Carlos I de España, con lo cual los príncipes electores estuvieron conformes. Esta fue la casualidad que hizo se unieran los dos reinos más poderosos de Europa bajo el gobierno de un joven de diecinueve años. Esta circunstancia fue estimada por sus enemigos como un peligro constante para la paz europea. Así, una España con una política exterior más bien Mediterránea, y con tierras en la recién descubierta América, donde nuestros conquistadores iban laborando, se ve obligada a intervenir en toda Europa. A este efecto debe recordarse que Carlos I era, además de rey de Castilla y de Aragón, jefe de las Casas de Borgoña y de Austria, tenía pues bajo su mando: Flandes, el Franco Condado y Austria.

Como por lo expuesto, Francia quedaba comprimida entre los dos grandes brazos, potentes, del nuevo Imperio. Francisco I, que había hecho enormes gastos, lo mismo que Carlos I, para ser elegido Emperador de Alemania, manifestó, desde este acontecimiento, su enemistad a Carlos I.

La lucha se iniciaba entre ambos jóvenes monarcas, cuyos intereses y miras chocaban en Flandes, en Navarra y en especial en Italia, de la que dependía la comunicación entre los varios territorios en Europa de la monarquía española, cuyo dominio ambicionaba Francisco I. Se producen, así, invasiones de territorios de una u otra parte, abandonos de ellos por reacciones ofensivas, que culminaron en 1525 cuando Francisco I fue hecho prisionero en la batalla de Pavía, y traído a España por Hernando de Alarcón, recalcando en Rosas el 8 de junio, posiblemente a causa de un temporal, para seguir a Barcelona, donde llega el día 15.

Por su obstinación, Francisco I, deja de cumplir el *tratado de Madrid* (1526), por el que quedaba libre a cambio de entregar, como rehenes, a sus dos hijos, y en el que se reconocían, además, los derechos del Emperador sobre los ducados de Milán y de Borgoña. Pertinaz, entró a formar parte de la «Liga Clementina», patrocinada por el Papa Clemente VII, enemigo de los españoles. Fue sonado episodio, con motivo de esta Liga, el asalto y saqueo de Roma (1527) por los ejércitos imperiales, que finalizó quedando el Papa prisionero en el castillo de Saint Angelo.

Siguen las luchas. Se firma la *paz de Cambray* (1530), por la que son liberados los hijos de Francisco I y el Papa. Pero el inquieto y tenaz rey de Francia, vuelve a las andadas y se alía esta vez con los turcos y con los príncipes protestantes de Alemania, para proseguir su lucha contra Carlos I.

De estas alianzas, la que Carlos I estimó más peligrosa fue la del turco, pues el sultán de Turquía, Solimán II, el Magnífico, una vez consolidado su poder en oriente, se disponía, por occidente, a quebrantar el poder cristiano, mientras las flotas de Barbarroja y francesa emprendían expediciones contra los dominios del Emperador, entre ellas las costas españolas del Mediterráneo.

Viena, objetivo turco en las riberas del Danubio, fue salvada, en 1532, por la llegada oportuna de las tropas cristianas, a cuyo frente iba Carlos I.

Detenido, por el momento, el peligro turco en Centro Europa, consideró, el Emperador, que había que precaverse, con urgencia, en las costas mediterráneas, dado lo peligrosos y desmoralizadores que resultaban los desembarcos de los piratas berberiscos, seguidos de las depredaciones correspondientes (saqueos, matanzas, prisioneros...). Una forma de precaverse era fortificando aquellos lugares de la costa que se estimaba eran de interés para la protección de vidas y haciendas, y, además, todas las fronteras con Francia, el otro peligro. Tuvo que tener en cuenta, también, que el Papa Paulo III, le era adverso, aunque no apoyaba a Francisco I, y que los príncipes germanos se hallaban en actitud levantisca, por asuntos religiosos. De ahí las instrucciones que dicta en Palamós, cuando se dirigía a Génova, el 6 de mayo de 1543, para que su hijo Felipe, de dieciséis años, que queda en España, como regente, con el cardenal Tavera, como consejero, las cumpliera.

Esta idea de fortificar y defenderse, ya se había expuesto en 1529, por el virrey de Valencia, duque de Calabria, don Fernando de Aragón, quien creía necesario (1): *...manar a todas las ciudades villas y lugares dessos reinos de Castilla que están en las fronteras deste su reino, que esté toda la gente apercebida y con las armas en las manos, a fin de que si necesidad venía, teniendo de acá aviso acudan y vengan en socorro...* Esta era la clara expresión de la acción e impulso de Castilla al reino de Aragón que mantenía una rara atonía, la cual además, con su dinero, pagaría las fortificaciones de las costas, entre ellas la de Rosas.

II. LAS DEFENSAS DE ROSAS EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE CARLOS I

Todos estos años, hasta 1543, las defensas de Rosas se apoyaban:

— Por una parte, en las torres de señales, servicio de vigilancia, a la par que defensivas. Estas torres eran castilletes de planta circular o cuadrangular, constituidas en lugares prominentes, desde los que vigilaban la campaña o el mar, de día y de noche, para así, poder dar aviso de la aproximación del enemigo y piratas, en su caso, por medio de disparos y ahumadas, durante el día y hogueras durante la noche (2). Precisamente en Rosas se destacaba de la

(1) *Historia de España*, Menéndez Pidal y Pidal, tomo XVIII, pág. 360.

(2) Para detalle ver mi trabajo titulado *La Atalaya denominada Torre Norfeu o Torre del Rey*, «Revista Ejército», núm. 436, mayo 1976.

línea de atalayas que iba de Barcelona a Narbona, otra que sensiblemente paralela a la frontera actual con Francia, iba a los orígenes del río Tech.

— Por otra parte, de las fortificaciones medievales del Monasterio de Santa María de Rosas, del estudio de las ruinas actuales y de las pocas noticias que se han podido conseguir se deduce que estaba asentada sobre un montículo la iglesia románica, dividida en tres naves, con una torre muy parecida a la de la catedral rosellonesa de Elna, con el monasterio anejo constituía en sí, una verdadera fortaleza, por sus gruesos muros torres y reparos que la guarnecían, formando un pequeño recinto apoyado en la iglesia, a cuyo amparo se acogían en los momentos de peligro, quienes moraban en lugares cercanos. A su inmediación se construyeron algunas casas. En el siglo XII, para defensa del monasterio y de ese pequeño núcleo urbano de los repetidos ataques de los piratas, se hicieron obras de fortificación, cercando el caserío con murallas, formando así, un conjunto fortificado, en el que había ocho torres cilíndricas y tres cuadradas, siendo base de él, el propio monasterio e iglesia, cuyo abad guardaba las llaves en las puertas del recinto. Tenía este recinto una planta sensiblemente rectangular, con los lados mayores orientados hacia el Este y Oeste, y un desarrollo de unos 640 metros. Todo él se hallaba, además, rodeado de un foso. Ahora bien, estas fortificaciones fueron útiles cuando se luchaba con espada, lanza y escudo; mas al introducirse el empleo de las armas de fuego, potentes ya entonces, había que adaptar a ellas el nuevo concepto de fortificación, ya que la medieval resultaba inútil; de ahí las previsiones del Emperador, pues comprendió que Barbarroja podía batir los muros de Rosas con su poderosa artillería y abrir brechas para que penetrasen por ellas sus fuerzas de desembarco.

III. LAS PREVISIONES DE CARLOS I

El Emperador era un andariego, al decir de sus coetáneos, según la Historia. La idea de fortificar sus dominios era manifiesta, según dijimos, para ello no sólo buscó un buen colaborador, el ingeniero capitán don Luis Pizaño, cuyo nombramiento se remonta a 1539, sino que personalmente, con ocasión de sus viajes por su imperio, acuciado por los hechos políticos y guerreros, iba tomando decisiones para fortalecer aquellos lugares que consideraba de sumo interés estratégico.

Así, en el viaje marítimo que Carlos I realizó de Barcelona a Génova, llegó el 13 de mayo de 1543 a Rosas, recorrió su bahía, y al hacerse cargo de su importancia realizó un esquema o traza, base para fortificar adecuadamente la población con su monasterio, traza que envía con una carta al duque de Alba, cuyo párrafo principal dice (3):

«Hemos visto este lugar, el cual nos parece muy importante por razón de este puerto y por esto holgaremos que lo platicado con el Duque de Segorbe acerca del trueque de él se ponga en efecto, y pues no hay disposición en el reino de Valencia para darle la recompensa se le dé en este principado, y así os encargamos se entienda luego en ello con el dicho Duque, porque viniendo en efecto el trueque convenía fortificarle de la manera que va trazado en un papel que irá con ésta, el cual se guardara para su tiempo, y de lo que hiciéreis cerca de dicho trueque nos daréis aviso».

Por las dificultades que apuntaba el Emperador respecto al trueque, para hacer del dominio real la plaza de Rosas, su fortificación se iba a demorar, en principio. Fortificación que era urgente realizar para contener y proteger, por tanto, a una mayor población y su guarnición, con muros y reparos resistentes dada la potencia y alcance de las nuevas armas. En estas fechas las piezas se denominaban: cañones, cañones sencillos, pedreros, morteretes, culebrinas reforzadas, culebrinas pequeñas y sacres. Esta artillería lanzaba pelotas entre cuatro libras, el sacre, y 110 libras el cañón. También debía artillarse el todo debidamente. Por ello, el duque de Alba, con la anuencia de Francisco de los Cobos, el influyente secretario del Emperador, decidió, por consejo de Pizaño, que, en principio, y por orden de urgencia, se fortificase la torre que existía debajo del Puig Rom, sobre unas peñas, desde la cual se batía, perfectamente el principal fondeadero de la bahía. Así se lo exponen ambos señores al Emperador, en cartas de 20 y 21 de mayo de 1543, fechadas en Barcelona, donde se lee respecto a Rosas (4):

«En lo de Rosas les parece negociación muy larga pero que se entenderá en ello como Vuestra Majestad lo envió a mandar, y en tanto les parece sería bien hacer aforrar aquella torre de la montaña y hacer en ella un revellín para poner allí 4 ó 5 piezas de artillería, con lo cual y con

(3) El capitán Luis Pizaño. Fermín de Sojo, pág. 335.

(4) Obra citada sobre Pizaño, pág. 335.

25 arcabuceros que estuviesen allí estaría, por ahora, razonablemente la guarda de aquel puerto, y para adelante habiéndose de fortificar la villa por la traza que esta hecha estará también lo que se hiciere en la torre. Vuestra Majestad vea si es servido se ponga mano en ello.

Por estos escritos vemos cómo se despachaban, con diligencia, los asuntos y se proponían soluciones de urgencia lógicas (5).

La obra propuesta con la denominación de «revellín», no era otra que la antigua «barrera castellana» o recinto exterior y bajo, y por tanto contrapuesta a la torre que, como «caballero», tendría que quedar dentro del recinto de aquélla.

Sigue la diligencia del duque de Alba y de Cobos, quienes acompañados de Pizaño, salen de Barcelona para Rosas, dejando dispuesto que los primeros fondos que se obtuviesen de los bienes secuestrados a los franceses en el Principado (que tales eran las inexorables leyes de guerra en el siglo XVI), se empleasen en las obras del castillo de Rosas, en cantidad de 2.000 ducados, cuyo presupuesto era por el momento.

IV. LAS PRIMERAS DISPOSICIONES Y TRABAJOS

Ausente de España Carlos I, era su hijo el príncipe don Felipe, el que iba a interesarse para que se llevase a cabo, con la posible urgencia, el deseo del Emperador respecto a fortificar la zona de Rosas. Eso sí, manteniendo a su padre enterado de la marcha de los asuntos, bien por sí, bien por medio del duque de Alba o de Cobos; y de él iría recibiendo instrucciones adecuadas y consejos.

Se suceden los escritos. El 17 de julio de 1543 escribe don Felipe a Andrea Doria: «Luis Pizaño va a entender en la fortificación de Rosas conforme a una traza que su magestad ha enviado» (6).

(5) En el croquis o vista panorámica (representada en el libro citado sobre Pizaño, página 336) debe aclararse lo que en ella va escrito: «Está tomada desde la parte de levante y vense al fondo las islas Medas, Mongre (el actual Montgrí), la Virgen del Monte, Ampurias, Castellón de Ampurias, al lado del Mar, con una inscripción que dice: "está Castellón dentro de tierra una legua en medio del llano", Rosas y la torre de la Trinidad en primer término; que es la torre de la montaña que se proponía fuese fortificada y se fortificó por Pizaño. El navío que aparece en el croquis está para señalar el mejor lugar para fondear, que debería quedar bajo los fuegos del castillo de la Trinidad y de Rosas. Esta es, pues, la primera referencia encontrada del lugar donde se hallaba una torre que denominaban "El Castillo", en cuyo sitio se construyó luego el castillo denominado de la Trinidad actualmente en ruinas por voladuras.

(6) *Obra citada*, pág. 350.

En carta sin fecha, pero posterior al 20 de julio de 1543, dice el duque de Alba al Emperador, respecto a fortificaciones (7):

«En la de Rosas se entenderá conforme lo que v.m.t. manda y Luis Pizaño va expresamente a entender en ello y con el se scribe al principe Doria qve vea el orden que en ello se ha de tener para que se haga con la brevedad que conviene y lleva la traça para que conforme a ella se haga y dineros para comenzarlo y en lo de fortificar la torre aunque a v.m.t. paresçe que no seria de provecho no se fortificando la tierra acá paresçia que seria muy provechoso pero en todo se hara lo que v.m.t. manda.»

Pero, por el momento, las obras de Rosas sufrieron una paralización, pues se recibió información de que la escuadra turca se dirigía a las costas levantinas. Preocupado por ello, don Felipe estima más urgente defender de los turcos Castellón de Ampurias, que era lugar de recogida de gentes de la comarca y fuera del alcance de la artillería de los buques. Como consecuencia, el 28 de julio de 1543, ordena a Pizaño: «no se pierda tiempo en fortificar Rosas». Gran diligencia se debió emplear en completar las obras de Castellón de Ampurias, pues tardaron sólo ocho días, con un gasto de unos 400 ducados.

En virtud de nuevas informaciones indicando que los turcos (Barbarroja) se habían ido a Niza (Provenza) a fin de ponerse en contacto con las fuerzas de Francisco I, y disponer, juntos, las operaciones a realizar conducentes a producir un mayor daño al emperador, Felipe ordena a Pizaño, el 18 de agosto de 1543, desde Valladolid (de esto mismo informará a su padre), que comience enseguida la fortificación de Rosas para que, durante el invierno, se dé fin a las obras, que se realizarán de acuerdo con la traza hecha por el emperador, dándole cuenta del número de gente que precisa, tiempo que será necesario para acabar la obra y, aproximadamente, lo que podía costar; le indica, también, que comunique estos extremos al virrey para que éste disponga que la gente de la tierra y de toda la comarca ayude a la fortificación para que se haga a la mayor brevedad, pues es una obra muy conveniente al bien de la Patria. En la misma fecha don Felipe escribió al príncipe Doria, que mandaba las galeras y se hallaba en Barcelona, al virrey Aguilar y al vizconde de Rocaberti, para que auxiliasen a Pizaño en todo lo necesario.

(7) *Ob. cit.*, pág. 351.

V. DIFICULTADES CON LOS NOBLES CATALANES EN CASTELLON DE AMPURIAS

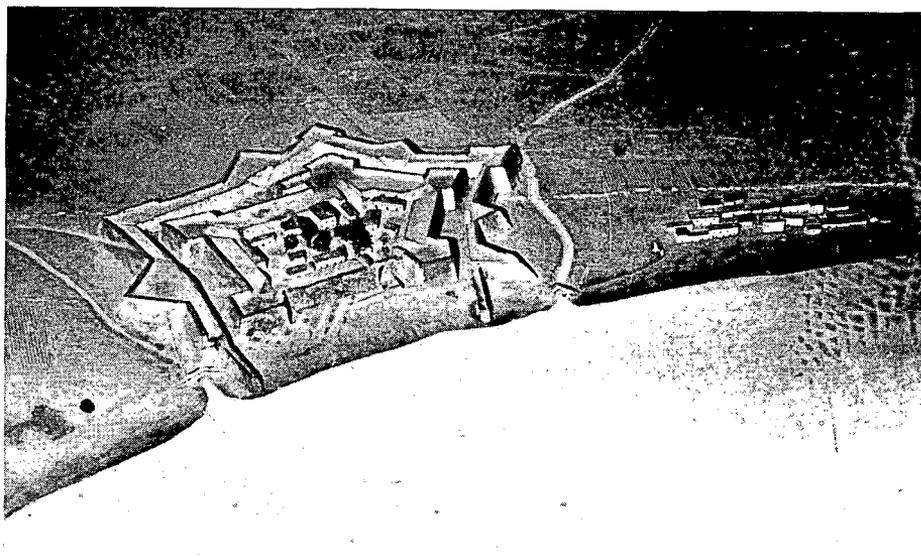
Estas dificultades constituyeron un episodio lógico. Hay que tener en cuenta la época, y la independencia en que, hasta entonces, habían estado los nobles, señores feudales de la región catalana. Les costaba trabajo acatar la autoridad real que empezaron a ejercer los Reyes Católicos.

A Castellón de Ampurias debían acudir a fortificar: las bailías reales y veguerías de Gerona, los barones del condado de Ampurias, los vasallos del condado del duque de Segorbe y los del vizconde de Rocaberti, señor de Peralada. Toda esta gente constituía un gran refuerzo, ínterin llegaba la gente de Castilla. De ellos, el vizconde de Rocaberti se hallaba en campaña con sus vasallos; los de don Luis de Cardona, o de su madre, los de otros barones y los de la veguería de Gerona, al parecer, no querían emplearse en trabajos, si luchar, en su caso, en campo abierto, resistiendo lo que pudiesen, cuando hubiera ataque de las huestes de Barbarroja desembarcadas, e irse replegando hacia las montañas si la presión era muy fuerte. Se les reiteró la orden de fortificar, como garantía para resistir, a requerimiento de Jofre Villarich. Entonces se propuso la reunión, especie de consejo de guerra, para tratar de la fortificación: De esta reunión da cuenta, en carta, Pizaño al Emperador, el 22 de agosto de 1543, (8) uno de cuyos párrafos más significativos dice:

«...y el vizconde me dijo que yo (Pizaño) me apartase porque quería hacer Consejo entre ellos y yo me fui fuera de la iglesia, que estábamos en ella, y después que hubieron habido su Consejo me llamaron y agraviáronse mucho porque V.M. o el Príncipe nuestro señor en su nombre, no les escribía particularmente así al vizconde como a los barones. Y el que más se agraviaba era el vizconde».

La urgencia del caso, ante una amenaza de Barbarroja, no admitía demora. Por ello las especulaciones de que debían, los nobles, recibir las órdenes directas del Emperador, que se hallaba en Alemania; o del príncipe, que se encontraba en Valladolid, eran meros pretextos para no poner a trabajar a sus vasallos, que era en ese momento lo urgente, para protegerse, pues en campo abierto, como quedó comprobado, el 5 de octubre de 1543, nada podían hacer unas huestes compuestas por jornaleros, padres de familia

(8) Pág. 359 del libro citado.

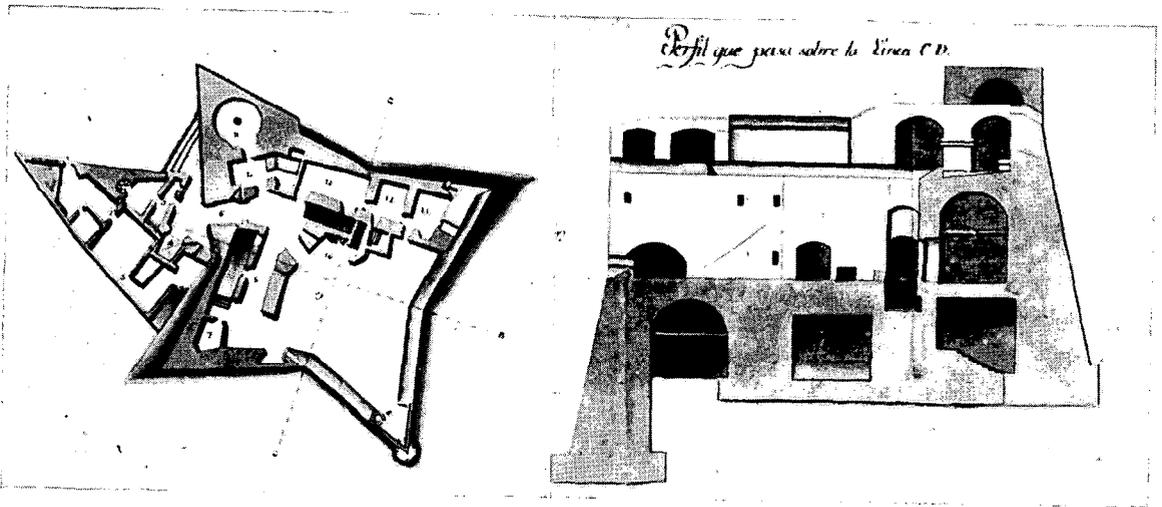
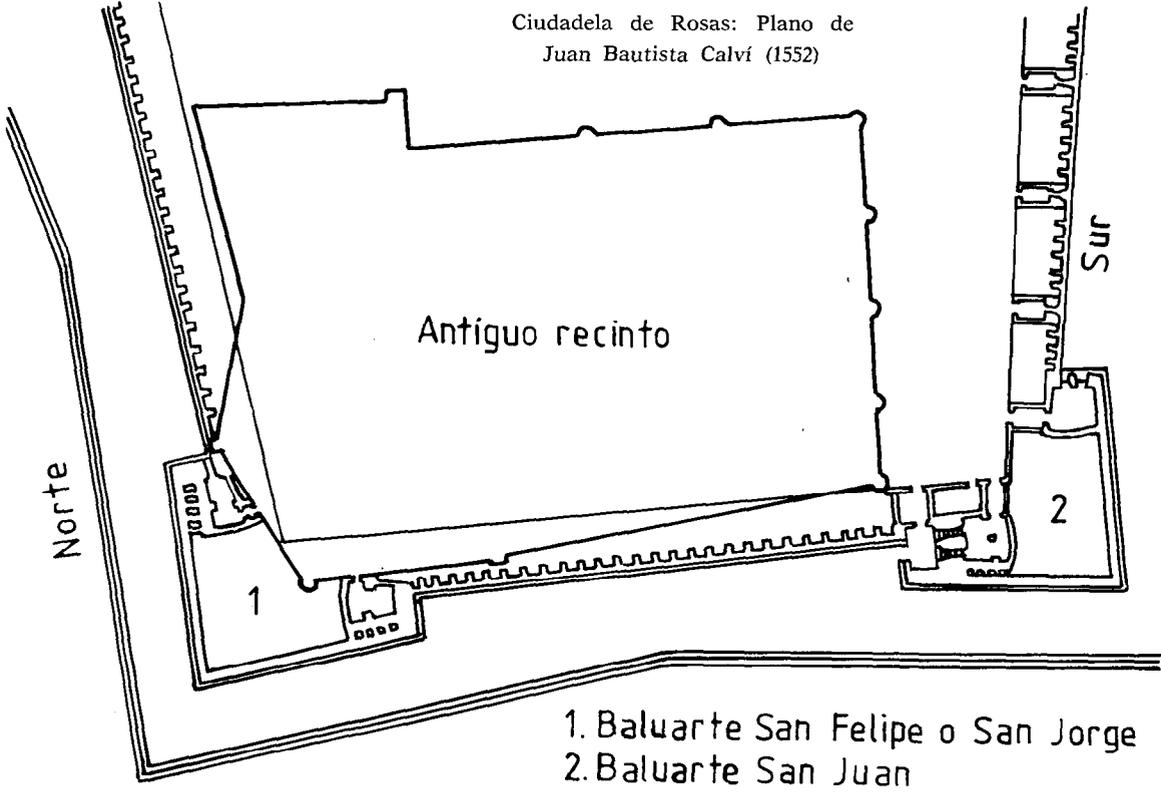


Maqueta de la ciudadela de Rosas (Museo del Ejército)



Ruinas del castillo de la Santísima Trinidad (fotografía del autor)

Ciudadela de Rosas: Plano de
Juan Bautista Calví (1552)



Plano y perfil del castillo de la Santísima Trinidad

muchos, nada preocupados, ante los aguerridos piratas. Así Pizaño se lo hizo ver y les reiteró rogándoles y suplicándoles, que puesto tenían allí a su gente, la pusiesen a trabajar, era cosa de unos ocho días. Como hemos visto así fue; y el tiempo disponible ante un posible ataque, no daba lugar a esperar respuesta.

El vizconde pronto entró en razón. Manifestó que su resistencia era debida a no perder el ascendiente que tenía entre los barones y la gente, pero que convencido de la necesidad de emplear sus gentes en la fortificación, influiría en los demás; influencia que tuvo resultados positivos. Mas hubo la reticencia del vizconde, a pesar de sus buenas palabras, en cuanto a los hechos, ya que por el momento no colaboró, alegando que su gente estaba muy cansada y parte de ella enferma, por lo cual debían ir a trabajar los otros, y los que aún no habían llegado. Se excusó además con que tenía que ir al entierro de un pariente, y que a la vuelta, unos dos días, decidiría. Ante el nuevo apremio de Pizaño, de que ordenase laborar a su gente, con sorna, hizo que llevaran una fagina. Este mal ejemplo y burla hizo que los demás no quisieran trabajar, pero insistiendo, eso sí, que se hallaban dispuestos a combatir.

Al regresar el vizconde, recalcó en que él no servía para cavar, sí como caballero, se le rogó que pues no iba a cavar él, que lo ordenase a sus vasallos, a lo que alegó un nuevo pretexto, «que les diesen de comer», cosa que no era habitual.

Al fin salió la cuestión de competencias al replicar, ante la insistencia de Pizaño y de Mosen Villarich: ¡Cómo queréis que fortifique la tierra del duque (efectivamente la zona de Castellón y de Rosas eran del Ducado de Segorbe), cuando mi casa ha tenido siempre cuestiones con él! Así se hacía prevalecer un interés particular, al servicio del Emperador y al de la cristiandad.

Mal se pusieron las cosas, pues se sacó a relucir la Constitución del rey don Jaime, hecha en las Cortes de Monzón, de que no podían ser compilados a hacer obras o fortificaciones; y lo prometido por el emperador en las últimas Cortes de Monzón de: «*no darles (a los nobles) ninguna graveza durante los siete años del impuesto de fogage por ninguna necesidad...*». A ello se adhieren los vasallos del obispo de Gerona, don Luis de Cardona y todos los demás (el primo del vizconde don Francisco de Rocaberti y Joanet de Vallgornera). Se exceptúan Mosen Faxá, barón de Albons, los del condado de Ampurias, Mosen Villarich y su hermano, que hicieron el trabajo que les correspondía.

Todos estos asuntos exponía Pizaño al Emperador, a la par que le indicaba que si esta actitud de falta de colaboración en tan importante empresa no se sancionaba, poco se haría, en la fortificación de Rosas.

Hay mucha correspondencia referente a este asunto de la desobediencia y disgustos con el vizconde de Rocaberti y demás caballeros catalanes. Cartas al virrey Aguilar y al príncipe don Felipe, quien calificó la conducta del vizconde de «*ruín manera de portarse*». El príncipe don Felipe ordenó, como consecuencia, al virrey, que además de mostrar su disgusto al vizconde, le amenazara, así como a los demás nobles del Ampurdán, con el envío de 2.000 alemanes alojados, a fin de conseguir que para evitarlo, se prestasen a fortificar Rosas. Este disgusto del príncipe influyó en el vizconde, de tal manera que cuando llegó el virrey a Castellón de Ampurias, a principios de septiembre, no perdonó ocasión de mostrar su adhesión a don Felipe y al virrey, añadiendo lo dispuesto que estaba a contribuir, con todos sus elementos, a la fortificación de Rosas. Así lo indica el virrey al príncipe en cartas del 6 y 8 de septiembre. Con esta actitud el vizconde se salvó de recibir una sanción; no así ocurrió con los otros nobles a quienes se pensaba, según esas cartas, enviar a una fortaleza por desobediencia.

VI. GESTIONES PREVIAS PARA INICIAR LAS OBRAS DE ROSAS

Resuelto favorablemente el asunto sobre la resistencia de los nobles a contribuir a la construcción de las obras de defensa que el Emperador estimaba urgentes, y visto que iban a intervenir, de una vez, en las de Rosas, Pizaño se puso a estudiar el proyecto de su fortificación a base de la traza hecha por el Emperador en su visita, para la cual se emplearía sólo mampostería; pero con el estudio modificó el proyecto en el sentido de emplear, conjuntamente, piedra y tierra. Hizo también dos presupuestos: uno para el caso de que se tuviera que hacer toda la obra, consistente en cuatro lienzos de muralla y cuatro baluartes permanentes en los ángulos del rectángulo; otro de ejecución más rápida, en el que de mampostería serían sólo los baluartes y el lienzo de cara al mar, al que debería darse más consistencia, pues era el que recibiría, directamente, los impactos de la artillería de los buques, el resto sería de tierra y faginas (lienzos orientados al Norte, Este y Oeste). Daba como tiempo probable de terminación, para el segundo caso, unos cinco meses, con un presupuesto de unos setenta mil ducados. Estas propuestas las comunicó Pizaño al príncipe, una vez se

hubo entrevistado con Andrea Doria y el virrey Aguilar, en carta fechada en Castellón de Ampurias el 8 de septiembre de 1543; y en la que se demuestra ser también el autor del proyecto de la fortificación de la torre de la Trinidad, que debía costar tres mil ducados. A esta carta contestó el príncipe, el 20 de setiembre, que le parecían bien los proyectos, pero en razón del tiempo disponible, se acometiese primero la fortificación de la torre, para asegurarse el puerto.

Que era urgente ponerse en estado de defensa lo demuestra el hecho de que el 5 de octubre de 1543, la información del Ejército del Rosellón, acusó la presencia de 37 velas latinas, posiblemente de la armada turca y de Francia, lo cual fue confirmado por la observación desde San Pedro de Roda. Velas que a la tarde de ese día ya desembarcaban gente en Port Lligat, para atacar Cadaqués y, poco después, por la noche, Rosas.

Estos hechos desgraciados, movieron a Pizaño a fortificar, entre otros puntos, Rosas, aún contra la expresa voluntad del Emperador y de don Felipe, que le querían llevar a otros lugares, de menor importancia y peligro, como el de fortificar el Alcázar de Toledo, dándole, para ello, reiteradas y apremiantes órdenes. Así dedicóse, con gran actividad, a acumular los materiales precisos para la construcción del castillo, obra considerada, siempre, la más urgente, para proteger el fondeadero. A la par, insistía sobre el virrey Aguilar, para que, al mismo tiempo, se construyese un fuerte reparo alrededor de la villa, con arreglo a la traza que había proyectado, basada en la del Emperador, pero prescindiendo, de momento, de las obras de mampostería. Trabajos y peticiones, así como urgencias, debidos a la preocupación que era el saber que Barbarroja se hallaba en Tolón. Estas iniciativas de Pizaño y, por qué no, desobediencias, merecieron, más tarde, el elogio del Emperador y del príncipe, pues gracias a ello se construyeron obras de defensa que, con ampliaciones y modificaciones, resultaron a lo largo de la historia militar muy útiles.

En carta del príncipe al Emperador de 23 de octubre de 1543, y al virrey de la misma fecha, ya se indica que la primera urgencia para construir es la de la Torre, cuya fortificación es tan necesaria para la defensa del puerto, para cuya obra hay consignados 4.000 ducados y al virrey le añade que deben darse prisa, para lo cual es preciso que ayuden los del condado y los de las tierras de la comarca, pues todos se beneficiarán de ello, y que se *«ponga a Micer Benedicto a entender de la obra»*. Benedicto de Rávena y de la Bosca, era especialista en fortificación, quién no concebía pudiese existir fortificación sin baluartes, pues se buscaba el cruce de fuegos; baluartes que ya se construían en Flandes.

El 20 de diciembre de 1543, daba cuenta Pizaño al príncipe, sobre el estado de las obras y fortificaciones, concretando que se había comenzado la torre de la Trinidad, la cual se terminaría en tres meses. En cuanto al propio Rosas, dado lo adelantado de la época, no daba tiempo para hacer muralla, a la par que no había dinero para ello. No obstante el virrey instó a los barones y gente del Ampurdán, facilitasen, para trabajos, el cuatro por ciento de sus vasallos, y los que no los tuviesen diesen lo que pudieren. Como consecuencia y sin tocar a las tierras reales, se consiguieron 8.000 peones. Es de destacar que la ciudad de Gerona no quiso dar personal, alegando que primero eran ellos. En cambio el obispo de Gerona y el vizconde de Rocaberti dieron unos 4.300 hombres. En principio, la obra de Rosas iba a ser de tierra, fagina y madera. También había previsiones para la defensa activa, y para ello se pidió el envío de gente de armas, artillería y municipios; pero, por el momento, el virrey sólo envió dos compañías.

VII. INICIACION DE LAS OBRAS EN LA PLAZA DE ROSAS Y EN EL CASTILLO DE LA TRINIDAD

Tras las laboriosas gestiones, expuestas anteriormente; gestiones precisas para poder llegar a un acuerdo que hiciera posible la debida asistencia de personal y medios para realizar tan importantes obras de defensa, a la par que la acumulación de elementos a pie de obra, se inició la construcción de los terraplenes de la plaza el 3 de enero de 1544, el día anterior se había colocado la primera piedra en el castillo de la Trinidad. Parece no concuerde esta última fecha con lo que se expuso anteriormente sobre la noticia de que se había comenzado la construcción de la torre de la Trinidad el 20 de diciembre de 1543, pero pudo ser que Pizaño se refiriese a la acumulación de medios para iniciar los trabajos, en dicho lugar, de la importante obra, única que vería terminada en la zona, según sus planes.

El impulso que se iba a dar a las obras de la zona de Rosas era grande, hasta el punto de que a final de febrero se terminarían los terraplenes de Rosas. Impulso que se pudo dar gracias ya a la decidida colaboración del renuente vizconde de Rocaberti y de su hermano, el barón, que no sólo hacían trabajar a sus vasallos durante el día, sino también a 200 de ellos durante tres horas de la noche.

Otros señores se incorporaron más tarde, el 8 de enero, con sus gentes para realizar los trabajos de los tajos que les asignasen. Pero aún seguirían dimes y diretes, un tira y afloja en relación con las gentes del obispado de Gerona y de las acémilas que debía

enviar Vich, su obispado, indispensable para la obra del castillo de la Trinidad; los del condado de Cabrera y los del barón de Llagostera.

VIII. DESARROLLO DE LAS OBRAS

Plaza de Rosas

Dado el primer impulso, merced a las continuas gestiones y peticiones de Pizaño al virrey y a los nobles del Ampurdán, a mediados de enero de 1544, ya acudían las gentes con regularidad a los tajos de la fortificación de la plaza de Rosas debidamente distribuidos así:

— En el lienzo que mira al mar, las gentes del vizconde de Rocaberti; obispo de Gerona; don Luis de Cardona; barón de Finisterre, y de algunos otros lugares, en total unos 700 hombres.

— Por la parte del Este, algunas veguerías. Había también asignada gente que aún no había llegado.

— Por el frente Norte o de la Tramontana, los de Besalú y sus veguerías, los del valle de Cornellá y Bañolas, y otros.

— La parte del Oeste, estaba encomendada a los de Figueras y otros lugares.

Mosen Viure, señor de San Jorge, capitán de Gerona, autorizado por el virrey como lugarteniente suyo en la región, informaba el 13 de enero de 1544, sobre cómo iban las obras, en el sentido de que pronto estarían acabados los terraplenes (los terraplenes se terminaron el último día de febrero de dicho año), tan bien hechos como si fuesen de piedra, pero estimaba que para conservarlos precisaría ponerles la camisa de piedra y cal por fuera y por dentro, propuesta por Pizaño. En este sentido informó en la misma fecha el virrey al príncipe don Felipe. Pero en carta del 3 de febrero del príncipe a Pizaño, fechada en Valladolid, se le ordena, en cuanto a la camisa, que se deje para más adelante, para que todo el esfuerzo vaya al Castillo de la Trinidad.

Castillo de la Trinidad

Análogamente que en la plaza de Rosas, se laboraba en el Castillo de la Trinidad, aunque no con la celeridad que Pizaño deseaba, dada la urgencia táctica de su construcción e interés del Emperador y del Príncipe. No obstante el recinto exterior iba muy adelantado. Además se le iba a dar mayor impulso a partir de fin de febrero al finalizar el terraplenado de la plaza de Rosas y orde-

nar el príncipe se dejase lo de la camisa al terraplén para más adelante (el personal sobrante, iría a completar la obra de los terraplenes de Castellón de Ampurias).

Si para fortificar Rosas se empleó muy poco dinero real, para construir el Castillo de la Trinidad, dado el tipo de obra, que era de mampostería, obra pues de fábrica todo él, además del primitivamente consignado, unos 2.000 ducados, debieron añadirse 700 recibidos del tesorero Puch, y otros 300 del obispo de Lérica.

IX. COMO ERAN LAS OBRAS

Plaza de Rosas

En 1544 Pizaño había rodeado el recinto medieval y caserío inmediato, exterior a él, con una obra a base de madera, fajinas y tierra. Proyectó también la construcción de cuatro baluartes de mampostería en los ángulos del rectángulo de la obra, y el revestimiento de mampostería de la cortina que daba frente al mar por ser la más expuesta al fuego de la artillería de los buques.

El espesor medio que se daba a los muros de los baluartes era cuatro metros para una altura de 14. El foso debía ser de seis metros de profundidad y 29 de anchura.

Pero la obra o reparo, si bien por el momento, dada la urgencia de disponer de ella era aceptable, no así en cuanto a duración si no se revestía, tanto exterior como interiormente, con mampostería. De ahí las quejas y apremios de Pizaño, tanto al virrey como al príncipe dando cuenta de que los terraplenes se demoraban (eso se decía en los años 1545 y 1546). Se calculaba en 1541 que el revestimiento propuesto costaría de 35.000 a 40.000 ducados y se pedía un anticipo de 6.000 a 7.000 para hacer provisiones de cal, piedra, etc., con objeto de que la gente viera iba en serio la obra y ayudase en los trabajos con entusiasmo.

A todo esto en 1549 aún Rosas no era villa real, sí del duque de Segorbe, quien al parecer pedía mucho por el condado. No obstante, el Emperador en carta de 11 de febrero insistía en que le interesaba mucho Rosas, aunque para la permuta debía esperarse a 1550, pues entonces se le podrían ofrecer tierras que le interesasen.

Pero las cosas iban despacio, como lo demuestran párrafos de carta del virrey a la reina de Bohemia de 5 de julio de 1551 (9), en

(9) Ib. cit. pág. 551.

los que se acusaba que seguían destruyéndose los terraplenes, al punto que estaba la plaza en el mismo riesgo y peligro que solía estarlo antes de construirlos y, por este motivo se había llevado la artillería y municiones que allí había a Castellón de Ampurias. Se recalca en la importancia del puerto. Sobre estos mismos puntos y sobre la necesidad de fortificar debidamente Rosas insistía el virrey al Príncipe don Felipe, en carta del 10 de setiembre de 1551.

Muerto Pizaño sin que viera resuelto el problema del que repetidamente había informado, se designó para substituirle al ingeniero italiano Juan Bautista Calvi. Este, tan pronto se hizo cargo de la obra, realizó un estudio de cuanto se había hecho en Rosas, para fortificarla, del estado en que se encontraban los reparos y bastiones y, como consecuencia, formuló una propuesta de lo que se debía hacer, enviando el croquis de una nueva planta en función de las nuevas necesidades debido al aumento de la población hacia el Este y de la potencia de las armas. El plano de la nueva planta va fechado el 13 de setiembre de 1552. Con arreglo a este plano se construyó la ciudadela que subsistió así hasta el siglo XVII, en que se le aumentaron medias lunas y otras caras de tierra.

En el informe de Calvi se hacía referencia a las modificaciones hechas en los reparos de Pizaño, ante el temor de un ataque por parte de las escuadras combinadas de Francia y de Argel. Se decía que los dos baluartes del Oeste estaban ya con una altura de unos once metros y como él proponía la forma pentagonal para la ciudadela, en vez de la rectangular de Pizaño, quedaban tres baluartes por hacer, uno al Norte y dos al Este. En cuanto al frente del mar, se utilizó el reparo de Pizaño, revistiéndolo de mampostería, que en setiembre de 1552, ya tenía dos metros de altura.

Así, en las postrimerías de la vida de Carlos I se llevó a cabo por Calvi, con el apoyo del Príncipe, luego rey (en 1555) por abdicación de su padre, lo que Pizaño no había conseguido, mejorando notablemente lo propuesto por éste.

El Castillo de la Trinidad

De una carta de Pizaño al Emperador, fechada en Rosas el 21 de marzo de 1544, se entresaca que este castillo, cuya primera piedra se puso el 2 de enero de ese año, tenía la obra toda de piedra al exterior, pendiente de cerrar en un plazo de una semana, para poder colocar artillería (cuatro cañones, cuatro medias culebrinas y cuatro sacres) sobre una plataforma provisional de tierra y maderas, interín se hicieran las bóvedas de mampostería que

sustentaban la plataforma, asiento artillero. Así mismo se hacían barracones de madera provisionales para la guarnición, unos cien soldados.

Siguen cartas del mes de mayo de 1544 de Pizaño al Emperador y al Príncipe en las que se queja de la falta de dinero, y se sigue dando cuenta de los lentos progresos de la obra por este motivo. Hay contestaciones a estas cartas diciendo que se provee a ello.

En agosto de 1546, el virrey comunica al Príncipe que la obra estará acabada durante el mes de setiembre.

Quedaba, como complemento de la obra, lo que se estimó necesario para defensa de la puerta de acceso al castillo; y era la construcción de un revellín, cuya financiación se trata en cartas del mes de setiembre de 1547. Salvo pequeñas ampliaciones y mejoras, parece ser que la obra debió quedar terminada a mediados de 1551, antes de la muerte de Pizaño.

Es singular este castillo por *la forma atenazada, no abaluartada*; pues tuvo que adaptarse al terreno abrupto, cuyas divisorias de aguas mandaron para darle la forma de estrella; flanqueando las tenazas por medio de troneras situadas en el centro de éstas.

Así como lo que en principio se pensaba hacer, una sencilla obra o revellín para cuatro o cinco piezas de artillería apoyado en la torre que allí había construida, la cual actuaría de caballero, terminó en una potente obra de defensa de la rada, complemento valioso de la Ciudadela de Rosas.

BIBLIOGRAFIA

- BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Historia de España*.
 BERNILS MACH, José María: *Figueras. Cien años de ciudad*.
 BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR: *Catálogo núm. 7, año 1951*.
 DÍAZ ROMAÑACH, Narciso: *Rosas. Una villa con historia* (inédito).
 ESPASA CALPE, S. A.: *Historia Universal*.
 MENÉNDEZ PIDAL: *Historia de España*.
 PAPELL GRADÍ, Antoni: *Pirates i Corsaris a L'Empordà*.
 REVISTA EJÉRCITO: *Artículos del autor*.
 REVISTA DE GERONA.
 RODRÍGUEZ CODOLÁ, Manuel: *Historia de España*.
 SOJO, Fermín de: *El capitán Luis Pizaño*.
 SOPENA: *Enciclopedia Universal*.